

Antropología de la muerte. Visión de un chamán urbano

Ricardo Paulino Gallardo / Javier Jaimes
Universidad Autónoma del Estado de México

RESUMEN

La antropología es una ciencia enfocada en el estudio del ser humano, tanto vivo como muerto. En algún momento de la existencia enfrentamos la posibilidad de morir, lo cual genera diversas emociones, entre las que destacan la angustia y el miedo. A partir de la cultura es posible expresar diversas perspectivas de la muerte; por ejemplo, la visión del chamán y su cosmovisión, los sacerdotes con sus religiones —mitos y ritos—, la familia y el modo de vivir la muerte, el duelo, el negocio de las funerarias y la parafernalia que le ha dado significado económico al acto de morir. En la historia de la humanidad, el chamán fue el primero en explicar qué es la muerte y qué ocurre con los difuntos, según cada cosmovisión. En este artículo se presenta la opinión de un “chamán urbano” sobre la muerte y el destino del alma, así como el fallecimiento como iniciación chamánica, para concluir con comentarios y detalles en torno al deceso humano.

Palabras clave: antropología, vida, muerte, chamán, chamanismo, cosmovisión, parafernalia.

ABSTRACT

Anthropology is a science that focuses on the study of the human being, both living and dead. At some moment of existence, we face the possibility of death, which stirs diverse emotions, including anguish and fear. Based on culture it is possible to express diverse perspectives of death; for example, the shaman's vision and his worldview, priests with their religions—myths and rites—families and the way death is experienced, mourning, funeral parlor businesses, and the paraphernalia that has given the act of dying an economic significance. In humanity's history, the shaman was the first to explain what death was and what happened to the dead, depending on each worldview. This article presents an “urban shaman's” opinion of death and the soul's destination, as well as death as a shamanic initiation rite, to conclude with comments and details surrounding human death.

Keywords: anthropology, life, death, shaman, shamanism, worldview, paraphernalia.

*Sí todos vamos a morir, para qué me (pre)ocupo;
mejor me ocupo de vivir.*

Dicho popular mexicano

Y lo llamaron Teotihuacán, porque era el lugar donde se enterraban los señores. Pues según decían: “Cuando morimos, no en verdad morimos, porque vivimos, resucitamos, seguimos viviendo, despertamos. Esto nos hace felices”. Decían: “Se hizo allí dios”, quiere decir que allí se murió.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Primeros memoriales*, 1558 o 1559, Tepepolco

Comentarios sobre la muerte del ser humano

La antropología es la ciencia que se enfoca en el estudio del ser humano, tanto del vivo como del muerto. Esto sin duda deviene en el interés por los estudios propios de lo que hace o deja de hacer el humano ante las expectativas de la vida y lo que puede suceder en la muerte o incluso más allá de la misma. Así, en algún momento de su existencia el ser humano se enfrenta con la posibilidad de morir, lo cual le genera las más angustiosas emociones en cuanto a “qué me sucederá cuando muera”. Ante la inminencia de la muerte, decide en vida qué deberá hacerse con su cuerpo, con su alma —rituales encaminados para “vivir eternamente en el cielo o el infierno”—, así como con sus posesiones, lo cual generará en el ámbito familiar diversas acciones: unas encaminadas a cumplir la “última decisión del finado”, en otros casos para sacar provecho por medio de las herencias y, finalmente, a realizar los rituales propios ante este suceso, lo cual origina la enorme diversidad de mitos en torno al tema.

La muerte plantea las más diversas cuestiones, controversias y aporías. Todo depende del concepto de ser humano que se proponga y acepte. Para la ciencia médica es una dualidad cuerpo-mente, en la que, al presentarse el cese de las funciones vitales o la muerte cerebral, la muerte corporal se hace una realidad científica. Y muerto el cuerpo, también la mente muere.

Sin duda el concepto de muerte cerebral se ha convertido, desde el punto de vista legal, en el diagnóstico que determinará el fallecimiento del humano. Ante esta circunstancia nada sobrevive a la muerte humana y, por ende, no hay a quien rendirle recuerdo ni culto transmortal. Nada ni nadie sobrevive al suceso. Éste es el concepto propuesto por la ciencia médica, que considera el binomio cuerpo-mente para limitar la existencia humana.

Desde la interculturalidad se propone el concepto del ser humano que plantea cuerpo-mente-espíritu, como unidad holística, donde cada elemento cumple funciones diferentes y la muerte implica la ausencia del espíritu. Con esto muere el cuerpo y la mente devendría elemento constitutivo del alma, aquella con los recuerdos sobre lo que fue la persona en vida. En este caso se supone la existencia de una vida transmortal definida por la supervivencia del alma-mente, por decirlo de alguna manera. El alma sobrevive a la muerte del cuerpo y se convierte en una entidad que “vigilará” las acciones familiares y obligará a los que continúan vivos a seguir un buen camino; en caso contrario, podría convertirse en un elemento “de intranquilidad” que requiera de rituales para su “eterno descanso”.

Para apaciguar a la muerte y que el alma no sufra ni viva penurias –en el sitio donde se encuentre–, los humanos han desarrollado cosmovisiones, cosmogonías, rituales y mitos sobre la existencia de seres divinos que influyen en su vida –ángeles, serafines, arcángeles, demonios, fantasmas, entre otros– y determinan su muerte. Además, ha dado la pauta para que todas las religiones se preocupen por la vida-muerte humana.

Ante estas dos concepciones, la muerte del ser humano se complica, pues la visión diferente difícilmente permite llegar a acuerdos que proporcionen una explicación más o menos coherente al respecto. La muerte, como ya dije, implica cambio, cesación de lo vivo y la vida. El cambio determina la vida de todos los seres en los diversos reinos de la naturaleza; unos deben morir y otros nacerán en un circuito determinado por el tiempo que dura la vida individual, personal y cósmica.

La visión antropológica de la muerte abarca una infinidad de detalles implícitos desde la diversidad cultural –interculturalidad y multiculturalidad– y a lo largo de la historia de la humanidad. Así, la muerte se debe presentar con una visión total y, en vez de unívoca, analógica: total, porque todos los seres de la naturaleza morimos, y analógica porque incluye diversas perspectivas que podemos englobar desde la cultura y la ciencia.

Muerte y cultura

Desde la interculturalidad es posible expresar diversas perspectivas acerca de la muerte. Por ejemplo: la visión del chamán y su cosmovisión, los sacerdotes con sus religiones –mitos y ritos–, la familia y la manera de vivir la muerte, el duelo, el negocio de las funerarias y la parafernalia que le ha dado significado económico a las defunciones, sin dejar de lado los cementerios o las maneras de disponer del cadáver. En el

mismo orden de ideas, consideramos a las diversas formas de morir y todas las posibilidades de enfrentarlas: en el domicilio, en el hospital, en la calle, así como la gama de alternativas para dejar de existir: muerte “natural”, por enfermedad, a causa de la violencia, por voluntad propia o algún otro motivo. Todo esto ha dado lugar para que se especifique el destino del cadáver y el resto de las posibilidades para mantener el recuerdo del familiar, generando así diversas formas de pensamiento. Lo anterior ha llevado a planear los espacios donde el cadáver “descansará” eternamente, así como a considerar la finitud e inmortalidad humanas como esperanza y la posibilidad de buscar la bondad de la vida ante la muerte, la resurrección, la reencarnación y el destino final del alma.

Los criterios y conceptos propuestos por los chamanes para el manejo de su cosmovisión, así como su idea sobre las entidades anímicas y las funciones realizadas en el contexto del grupo de pertenencia, determina el drama del alma humana en su peregrinar hacia el mundo de los muertos. Algunas coincidencias culturales propias de las religiones-Iglesias en las que se tiene un espacio hacia arriba son las siguientes: un “cielo”, que es el lugar reservado para los dioses y más tarde se convierte en el sitio para la vida eterna de las “almas buenas”, en tanto que el infierno, inframundo, Hades o *hell* es el espacio hacia abajo, el cual tiene dos acepciones: en primer lugar la chamánica, como el lugar al que de modo invariable llegan las almas de los muertos, independientemente de sus conductas durante la vida terrestre, y en segundo término las iglesias, que lo proponen como el sitio donde las almas recibirán su respectivo castigo según las conductas malas o negativas de los humanos fallecidos. De manera semejante destaca la existencia de entidades anímicas: unas que castigan a las almas de los muertos, otras que son las almas de los propios muertos y una más que corresponde a los seres que viven en tales espacios y de los que ignoramos su origen: demonios, diablos, “alebrijes” y varios más.

Muerte y chamanismo

Probablemente el Paleolítico superior fue la época prehistórica cuando hizo su aparición el chamán, *s'aman* o *cramán* en el territorio de la actual Siberia. Son diversos nombres con los que se ha identificado a aquellos “hombres de conocimiento” que se convirtieron en los precursores de la descripción de una cosmovisión, con sus habitantes y el espacio donde se encuentran. Ellos son los “cuidadores” del bienestar de su comunidad y básicamente se les considera como “expertos en las técnicas del éx-

tasis”, porque mediante sus métodos —el ayuno, el ritmo del tambor o de la sonaja, el consumo de plantas psicotrópicas o con la sola voluntad (éxtasis)— ingresaban a los llamados “estados alternativos de conciencia” (EAC) en los que describen “realidades no ordinarias”, en las cuales explicitan un lugar habitado por las entidades anímicas —espíritus, ancestros muertos, animales acompañantes y dioses—, en un espacio y tiempo diferentes a esta realidad tridimensional.

De acuerdo con el chamán, el ser vivo ingresa al cielo o al inframundo durante el sueño o EAC para encontrarse con los ancestros muertos o las entidades anímicas, en algunos casos en busca de aprendizajes, en otros “regaños” y en otros más para solicitarles favores o incluso luchar contra ellos. Los rituales cumplen la función de ofrendar a cambio de algún beneficio o para evitar maleficios contra la sociedad tribal. Sin que tengan la connotación de bueno y malo, describen al cielo y el inframundo como los espacios habitados por los dioses que les enseñan maneras para sobrevivir, cazar, curarse de las enfermedades, prevenir catástrofes u otras actividades relacionadas con el mundo de la magia, incluso devolver la vida a los muertos.

Desde el Paleolítico superior, el chamán describe mundos alternos a esta realidad. Una de esas alteridades es el mundo de los muertos, espacio por el que éstos deambulan y que, de acuerdo con las culturas mesoamericanas, se ubicaba más allá, en el Mictlán. Por primera vez en la historia de la humanidad, el chamán explica qué es la muerte y qué ocurre con los muertos.

Francisco Plata Silva, chamán urbano, amplía el concepto de este modo:

Al cielo y al infierno van los vivos durante su existencia en el sueño o en éxtasis. Cielo, espacio reservado a los dioses; al que van sólo aquellas almas de hombres y mujeres muertos en situaciones extraordinarias como en la cosmovisión náhuatl.

El vivo, cuando muere, se convierte en cadáver. El alma tiene memorias y desciende por el inframundo como una sombra.

Al infierno van los muertos —alma-sombra—, que tienen recuerdos de cuando vivían y deben descender los “nueve pisos” para trascender al mundo de los muertos. Y para llegar a tal espacio, los dioses-demonios que viven en el inframundo les “devoran esa conciencia-memorias-pecados” para que desciendan hasta el mundo de los muertos, donde podrán renacer sin el recuerdo de lo que fue la persona —no es resurrección.

El espíritu humano se reintegra al universo. Es “devorado por el ‘pico curvado del cielo’”, se reintegra a su creador, a Dios, al ser, al Universo. El espíritu, cuando se separa del cuerpo tras la muerte, viaja hacia el cielo como una “motita de colores” que cumple su retorno a su creador.

La “forma humana” determina su destino en el inframundo y el mundo de los muertos. A medida que pierde esta forma, al despojarse de los apegos, su destino final es más fácil.

Mitos y ritos sobre la muerte

Veneración a los muertos. Se sabe que el humano primitivo no tenía un sitio específico para depositar a sus muertos. Antes bien, éstos lo acompañaban en su peregrinaje como nómada. Les colocaba en el rostro máscaras mortuorias y cargaba con ellos por los diferentes rumbos por donde iba cazando y recolectando. Debió de ser cuando se tornó en sedentario cuando buscó un lugar para el depósito comunitario de sus muertos, lo cual se hacía en la superficie de la tierra, cubriéndolos con piedras.

Posteriormente se idearon los enterramientos. En un inicio éstos fueron colectivos y más tarde, conforme se desarrolló culturalmente la importancia social del difunto, se hicieron de manera individual, en espacios semejantes a una casa. Con el paso de los años se comenzaron a hacer ofrendas. Básicamente el desarrollo de la artesanía transformó en una costumbre la colocación de ofrendas en las tumbas o altares dedicados a los muertos. Así es como los objetos personales se depositaban en la casa que serviría como tumba.

En torno al animismo —postura filosófica que se refiere a la existencia del espíritu de los muertos—, éste fue muy importante en la tradición religiosa mesoamericana, en la que teóricamente cualquier espacio natural, elementos de la naturaleza, objetos comunitarios o personales tenían un alma a la que había que venerar o adorar mediante diversos rituales. Para contextualizarlo en esta idea, el espíritu de los muertos y de los ancestros serían las entidades espirituales que cuidarían, enseñarían, guiarían, curarían a sus creyentes y seguidores por medio de un sistema de ofrendas-sacrificios.

Sin embargo, la concepción indígena desde la cosmovisión propone un remoto paradigma mitológico que da sentido a la creencia relacionada con prácticas mágicas, donde la existencia del mundo de los espíritus y el mundo de los muertos se convierte en una realidad subjetiva y al mismo tiempo otorga las posibilidades para desarrollar una serie de creencias en torno a la muerte, palpable en diversas manifestaciones culturales de los pueblos mesoamericanos, que abarcaron pinturas, esculturas, ofrendas y máscaras, entre otros objetos que hoy fácilmente pueden encontrarse en museos, libros y revistas especializadas.

Los antiguos magos se enfrentaron a las más diversas criaturas del mundo, tratando a las entidades anímicas —elementos de la naturaleza a los que les otorgaban categoría

de espíritus— como si fueran personas. Así ocurría, por ejemplo, con el agua, fuego, tierra, vientos, luciérnagas, metal, tabaco, medicinas, animales dañinos, plantas domésticas, peces, abejas, entre otros, los cuales se convertían en los factores que promovían las tareas del chamán como adivinador, mago, curador, vidente o sacerdote. Desarrollaron un sinnúmero de actividades relacionadas con la caza, pesca, guerra, recolección, cultivo, producción de manufacturas, viajes, curación, hasta daños contra el enemigo y rituales relacionados con la muerte.

Chávez Balderas (2009) se ocupa de los rituales funerarios al señalar que son necesarios en todas las culturas, porque permiten a los deudos asumir las ausencias, reconfigurar los patrones sociales y seguir adelante. La resolución del duelo implica la realización de diversos rituales en los que se ofrendan diferentes elementos con los que se busca un destino feliz para la vida eterna del alma-sombra del difunto. Sin embargo, en realidad los rituales relacionados con la muerte cumplen la función de “tranquilizar” a los deudos, a los sobrevivientes. El mito sugiere que de esa manera se garantiza el destino del muerto, para que no regrese a causar problemas a los vivos.

Los rituales funerarios tienen dos funciones: una práctica y otra simbólica. La primera se refiere a la manera de disponer el cadáver —materia pesada—, en tanto que la simbólica y sutil se enfoca en la idea de que el alma-sombra cumpla con su destino final. Con base en la idea mexicana, el ser humano está conformado por dos tipos de materia: pesada y sutil. La segunda tiene presentes tres entidades anímicas que cumplen diversas funciones, cada una con características distintas y localizadas en zonas específicas del cuerpo. Así, consideramos que la ausencia de la *teyolia* o “alma”, ubicada en el corazón, determina la muerte del humano; el *tonalli*, localizado en la parte más alta de la cabeza, se ausenta durante el sueño, la embriaguez y el coito; el *ihiyotl* se halla bajo el diafragma, en el hígado, y determina el poder del brujo —o nahual—, por lo cual corresponde al inframundo. Así, ante la muerte el destino de los tres es diferente: *tonalli* e *ihiyotl* se dispersaban en la tierra y el *teyolia* tenía un destino según la forma de morir, como se observa en el cuadro 1.

Los rituales y ofrendas del mundo mesoamericano son necesarios para que el drama de la materia simbólica (alma-sombra) se manifieste en el inframundo o los cielos. De acuerdo con su manera de morir será el destino que le corresponda, ya sea el descenso por el inframundo para llegar al Mictlán, la llegada al Tlalocan o que acompañe al Sol en su camino por el cielo.

Para la realización de un funeral mexicano era necesaria la preparación del cuerpo y los ritos para el mismo: disposición del cadáver, solemnidades en el sepulcro y ceremonias subsecuentes. Para esto se disponía de elementos como música fúnebre, dan-

Cuadro 1 Tipo de muerte, destino del *teyolia* y ritual funerario

TIPO DE MUERTE	DESTINO DEL <i>TEYOLIA</i>	RITUAL FUNERARIO
Muerte relacionada con el agua.	El alma viaja a un mundo de fertilidad.	El cuerpo es ataviado con adornos de papel, colocando semillas en la boca, una vara de madera en las manos y pigmento azul en la frente. Se enterraba como una semilla.
Muerte de guerreros en batalla.	El alma viaja al cielo del Sol para acompañarlo desde que se levanta hasta el cenit.	Funeral fastuoso, cánticos de los deudos. Las viudas bailaban inclinándose ante la Tierra. En ausencia del cadáver se elaboraba un bulto funerario con ramas de madera, colocándoles su ajuar, y se cremaba.
Mujeres que fallecían en el parto.	Se convertían en Cihuateteo y acompañaban al Sol desde el cenit hasta su ingreso al inframundo, durante el ocaso.	El cadáver se lavaba, se le colocaba un atavío, se le recogía el cabello y se le enterraba en el patio del templo de Cihuapiltin. El cuerpo era cuidado cuatro noches, pues era codiciado por los guerreros y los ladrones.
Muertos de enfermedad o vejez.	Travesía a través del inframundo hasta el Mictlán.	Preparación del bulto mortuorio, dedicación de ofrendas, discursos –señalar el camino y los peligros que deberían recorrer–. Éste era cremado o sepultado.

Diseño RGD, en Chávez (2009)

zas rituales, autosacrificio, discursos y el sacrificio de acompañantes –en el caso de los gobernantes–. Son claras las diferencias sociales durante el funeral. Además, era necesario tener presente las causas de la muerte y la posición social del difunto, las ceremonias y el tratamiento del cadáver, la calidad y el simbolismo del ajuar funerario, y el tipo de sepultura. Miguel León-Portilla (2009), otro de los grandes estudiosos de la cultura náhuatl, comenta que entre los antiguos nahuas el destino después de la muerte era determinado por la manera de morir y la identidad del difunto, como se presenta en el cuadro 2.

Los dioses de la muerte. Entre los mexicas, el universo era dual. Vivían en una oposición eterna, sustentada en la cultura y con base en la relación de las ideas de noche-tierra-muerte con las de luz-cielo-vida. Esta contradicción quedó representada en innumerables elementos culturales que pueden englobarse en el concepto de cosmovisión, de donde se originó el mito del cielo y del inframundo, así como de los seres que habitan tales espacios, como se describe a continuación:

Cielo. Allí vive Ometéotl como dualidad generadora y sostén universal en las advocaciones de Ometecuhli y Omecíhuatl –masculino y femenino–, considerados los dioses creadores, quie-

Cuadro 2 Manera de morir entre los antiguos nahuas y lugar al que estaban destinados

LUGAR	SINÓNIMOS	SIGNIFICADO	DESTINO
Mictlán	Quenomamian Ximoayan	“Donde de algún modo se halla uno.” “Lugar de los descarnados.”	La mayoría de las personas, aquellas que morían de muerte natural. Pasan por lugares terribles y tenebrosos durante cuatro años, en los que el difunto es sometido a varias pruebas. Un perro amarillo lo hará descender hasta el noveno piso –Mictlán–, donde se encuentran con Mictlantecuhtli, al que dan ofrendas y finalmente es “lugar de los muertos, allí del todo perecían”.
Tlalocan		Los elegidos por Tláloc.	De los ahogados, de los que recibían un rayo, gotosos, hidrópicos y bubosos. Además es el destino de los niños pequeños; éstos se ubicaban a la sombra del árbol <i>chichicuahuitl</i> , donde permanecían cuatro años hasta que el <i>teyolia</i> era enviado nuevamente al seno materno.
Cielo del amanecer		Guerreros muertos en la guerra o en los sacrificios.	Se convertían en compañeros del Sol: cuando el astro aparecía, daban voces, perforaban sus escudos y se golpeaban con ellos para poder ver el rostro solar. Después de cuatro años se convertían en colibríes y en otras aves preciosas que venían a la Tierra para libar la miel de las flores.
Cielo del atardecer		Mujeres muertas en el parto.	Se convertían en compañeras del Sol desde el cenit hasta el ocaso. <i>Códice Florentino</i> : “Que tus hermanas mayores, las <i>cihuapipiltin</i> , nobles mujeres, te lleven hacia él, las que para siempre son felices, contentas, dichosas [...] alegraban al sol con cantos de guerra”.

Diseño RGD, en León-Portilla (2009)

nes habitan el espacio del cielo más alto, el “cielo doble” conocido como Omeyocan. Se considera que es un espacio hacia arriba y en número de 13.

Inframundo. Denominación del Mictlán como el lugar habitado por Mictlantecuhtli y Mictlacáhuatl, dioses especiales del mundo subterráneo, del lugar a donde va el alma de los muertos. Es un espacio hacia abajo. Las almas deben pasar el río Chignahuapan, ayudados por un perro amarillo. Para descender, deben llevar amuletos que les son colocados en los enterramientos. Descienden nueve pisos por la región de los muertos para llegar al mundo de los muertos. Los “patrones del *tonalpohualli*” –calendario civil– son Yohualteuctin, que corresponde a los “nueve señores de la noche” y se asociaban con el inframundo, en tanto que entre las diosas con asociaciones macabras se tenía a las Cihuateteo o Cihuapipiltin, que se relacionaban con los cinco días negros del *tonalpohualli*.

Cuadro 3 Puntos cardinales y su relación con la muerte

PARAÍSO	SIGNIFICADO Y SÍMBOLO	REGIÓN	LUGAR PARA
Oriente Tonatiuhican	“Casa del Sol.” Caña (fertilidad y vida).	De la luz.	Guerreros muertos en combate.
Poniente Cincalco	“Casa del maíz.” Casa del Sol.	De las mujeres.	Mujeres muertas en el parto, que se convierten en las <i>cihuateteo</i> .
Sur Tlalocan	Paraíso de Tláloc. Conejo (<i>tochtli</i>).	Izquierda del Sol; carácter incierto.	Muertos por ahogamiento o tocados por el rayo, lepra o por alguna enfermedad relacionada con el agua.
Norte Mictlán	Inframundo o infierno. Pedernal (frío y desierto).	De los muertos.	Las almas padecen una serie de pruebas para trascender al mundo de los muertos.

Diseño RGD, a partir de Caso (1981)

Para los mexicas, cada forma de morir implicaba un espacio diferente para el alma del difunto, en el cual desarrollaría alguna actividad relacionada con su muerte y la actividad desempeñada en vida. No se consideraban los actos morales durante la vida en la Tierra. Así, los guerreros muertos en combate y en los sacrificios acompañaban al Sol durante su nacimiento –amanecer– en el oriente, en tanto que las mujeres muertas en el primer parto –*cihuateteo*– lo hacían en el cenit, hasta que se ocultaba en el poniente, para dejarlo a su entrada al inframundo, como se detalla en el cuadro 3.

Francisco Plata comenta que, cuando estamos vivos, vamos al inframundo; es decir, tenemos cuerpo-mente-espíritu para realizar ese viaje chamánico. Cuando morimos, el viaje carece de sentido para el humano. Ahora es el alma-mente la que vive este drama, si bien ya no tiene conciencia de que está descendiendo por el inframundo; simplemente la sombra se expone a que sus memorias sean devoradas por los habitantes del mundo subterráneo para que alcance el mundo de los muertos o el Mictlán de las culturas prehispánicas.

Los ciclos del tiempo, el destino y la muerte. Para los antiguos nahuas, el destino “ha sido dicho, ha sido hecho sobre nosotros, en el cielo, en el mundo de los muertos”. El destino se hacía presente como tiempo, y el tiempo eran los dioses mismos, que en viajes cíclicos bañaban, invisibles, la superficie de la Tierra para transformarlo todo. El ritmo de llegada de los dioses era cíclico, dictado por los ritmos calendáricos. El ciclo

más espectacular era el de la lucha entre los poderes subterráneos de la lluvia y el verdor, y los poderes celestes del dorado calor solar. La alternancia de las temporadas de lluvias y secas se concebía como una eterna lucha en la cual el equipo victorioso gobernaba la mitad del año. Así, se tenían dos ciclos: el de la lluvia, relacionada con el verdor, la abundancia y la vida, y el de secas, en el que prácticamente la Tierra estaba “muerta”, determinada por la escasez. Por lo tanto, en esos dos ciclos tenemos la dualidad de la vida y la muerte, la primera representada por el verdor del campo y la abundancia de alimentos, en tanto que la muerte corresponde a la época de secas, cuando se carece de los mismos.

Construcción social e histórica de la muerte. La muerte no sólo es un hecho biológico, sino que trasciende en la sociedad y permanece en el recuerdo de la familia, genera dolor ante la ausencia y ha dado la pauta para que se desarrollen ritos y mitos en torno a este hecho fatal. Como hecho biológico, la medicina ha reducido el deceso al del cuerpo, entrando en contradicción con la muerte del ser humano, y asimismo ha “medicalizado” a la muerte: como una necesidad de obtener órganos para el trasplante, mantiene cuerpos –células– funcionando, aunque el ser humano ya haya fallecido.

La muerte es un hecho pragmático en la vida de los seres vivos. Es absoluta. Cuando se hace manifiesta no hay posibilidad de retorno a la vida como tal: la medicina la ha relativizado con la aplicación de la tecnología y ha generado entre la humanidad la posibilidad de sobrevivir o prolongar la existencia, cuando en realidad lo único que mantiene es la función celular de lo que fue un ser humano. A partir de ahí ha propuesto conceptos como el coma profundo, el estado de coma persistente, la muerte cerebral, la muerte encefálica, en los que la destrucción de la masa encefálica demuestra que no hay posibilidad de que se recupere la vida personal, pues sólo se mantiene la función celular –sobre todo cuando se requieren órganos para trasplante.

La socialización de la vida se comprende a partir de generar en el humano necesidades materiales ante la vida y, sobre todo, evitando que reflexione sobre su “mortalidad” y su posibilidad como mortal, ante todo para favorecer que se apegue a los objetos materiales durante la vida y lo limiten ante la muerte. De esta forma la muerte será un proceso difícil y complicado, pues al apegarnos a los objetos de lo cotidiano menos queremos morirnos, y esto nos conduce al temor-miedo-terror que se vive ante la ausencia del otro y a qué sucederá ante mi ausencia. Por eso el ser humano, ante la inminencia de su muerte, se transforma en un individuo egoísta, y así

debe ser, pues mientras “siga apegado” física y emocionalmente a los otros, la agonia se hará prolongada.

En el devenir de su historia, el ser humano ha construido el concepto de muerte, así como las diversas conductas ante la inminencia del hecho. Líneas atrás se comentó que el primer humano en describir el destino de los muertos fue el chamán —con todos sus significados y símbolos propios de su cosmovisión—; posteriormente, derivados del chamanismo, aparecieron los sacerdotes y las religiones, que explicaron la muerte como un castigo divino, como en el caso de las religiones judeocristianas. Actualmente estas ideas no han hecho mayores aportaciones que las derivadas del chamán y sus propuestas originales.

Vale la pena comentar la existencia de doctrinas que supuestamente contactan con el “espíritu de los muertos”, como el espiritismo, que establece una serie de conceptos sobre la habilidad de ciertas personas o médiums para contactar al espíritu de los muertos; sin embargo, no proporcionan una idea precisa acerca del destino del muerto y recurren a las religiones para dar cauce a su ideología, que por lo general consiste en informar cómo se encuentran los difuntos en esa “otra vida”.

La representación y las actitudes del ser humano ante la muerte —costumbres, mitos, creencias y ritos— han sido muy diferentes en cada época y sociedad. En nuestra cultura existen diferentes creencias en torno a la muerte. Por ejemplo, la muerte en un hospital es totalmente diferente a la que ocurre en el domicilio, como se detalla en el cuadro 4.

Sin duda la construcción social de la muerte implica una serie de hechos con los que se han elaborado conductas y actitudes en torno al fallecimiento. De este modo se han creado mitos y ritos, y se ha diseñado toda una parafernalia que le da significado en el contexto cultural y social. Ante cada muerte se valida la forma de pensamiento en el seno del grupo de pertenencia, planteándose dos posibilidades:

Muerte en el ámbito de la ciencia. El destino del muerto se sustenta en el positivismo. Es decir, no hay espíritu ni alma, pues todo muere al extinguirse la vida en el cuerpo.

Muerte en el ámbito social. Se expresa por los ritos, mitos, usos y costumbres. Se observa una franca mescolanza de ideas y actitudes religiosas con las propias del lugar de pertenencia o nacimiento. Es decir, la visión cultural de la muerte y su parafernalia.

Así, la construcción de la muerte se inicia cuando el ser vivo, en este caso el humano, es “tocado por la muerte”. La vida se pierde de manera absoluta e irreversible y ahora sólo queda un cadáver, cuyos sobrevivientes han diseñado mitos y ritos, así como toda una parafernalia para “despedir” o “dar el último adiós” al cuerpo, ahora sin vida.

Cuadro 4 Muerte en el domicilio y muerte en el hospital

VARIABLE	MUERTE EN EL DOMICILIO	MUERTE EN EL HOSPITAL
Acontecimiento.	Pena familiar. Suelen acompañar amigos, compadres y vecinos. Generalmente sucede en áreas rurales. Clase de escasos recursos y clase media. Los asistentes tuvieron una relación directa con el difunto.	Acontecimiento social y familiar, que es motivo para manejar relaciones sociales, políticas y económicas. Por lo general depende del apellido del difunto como las personas se acercan a dar el pésame a los dolientes. Muchas veces ni siquiera se trata de gente conocida por la familia.
Espacio para morir.	En el domicilio se dan las más diversas emociones. El moribundo puede enfrentarse a toda la gama de emociones propias de los humanos: amor, odio, rencores, envidias, ambiciones. Generalmente muere en su habitación, entre sus olores y sus objetos. Se tiene la presencia de familiares que pueden mostrar su dolor ante la pérdida y, lo más importante, despedirse uno de otros, empatar sus emociones y hacer más fácil el proceso de defunción. Incluso se puede ser testigo del consuelo religioso y participar de actos de esta índole que pueden llevar tranquilidad al moribundo.	En el hospital, la muerte del sujeto es en soledad y en ausencia de sus familiares. No hay quien al menos le tome la mano o diga o exprese una emoción que le haga sentir al moribundo que es querido y que se le extrañará. La muerte encuentra a un humano-paciente despersonalizado.
Actitudes inmediatas.	Los deudos muestran de inmediato su dolor y recurren a la cultura: abrir ventanas, colocar veladoras, cirios o velas en torno al difunto; pueden agregar agua y un platito de sal de mesa en el que dibujan una cruz. Comienzan inmediatamente a rezar, mostrando el dolor ante la pérdida. Algunos familiares inician la búsqueda de objetos del difunto para apropiárselos o, en el último de los casos, del testamento. Las mujeres de la familia visten al difunto y en algunos casos bañan, limpian o perfuman el cadáver.	Los deudos sufren el papeleo propio de la burocracia. El personal médico que da la noticia del deceso por lo general no está capacitado para esto. De inmediato intervienen equipos de trasplantes para solicitar órganos (cuando el difunto está en posibilidad). El cadáver suele entregarse después de varias horas y quien lo recibe es una empresa funeraria, que por un alto costo se encargará de hacer "menos doloroso" el trance. Se dan casos en que el personal de los hospitales se confabulan con las funerarias para que, a través de dadas, proporcionen los datos de los familiares, de modo que éstos se hagan presentes en el "momento oportuno".
Actitudes posteriores.	Se comienzan a buscar y elegir los servicios funerarios de acuerdo con la capacidad económica. Pueden presentarse las más diversas expresiones de dolor ante la muerte de un familiar, amigo o conocido.	El cadáver es llevado a una funeraria y a un velatorio donde se le rinden los honores sociales según el difunto. Familiares, amigos y conocidos participan de actos litúrgicos en presencia del cadáver.

Fuente Observación participante en diversos velorios y sepelios en la ciudad de Toluca y sus alrededores, así como en los estados de Querétaro y Zacatecas, 2009

Cuadro 4 Muerte en el domicilio y muerte en el hospital (*continúa*)

VARIABLE	MUERTE EN EL DOMICILIO	MUERTE EN EL HOSPITAL
Comunales. Entre cuatro cirios.	Durante el velorio en los domicilios, como todavía se acostumbra en los pueblos, se ofrece a los asistentes café con alcohol –“pique”- y pan. Durante toda la noche se vela al difunto entre rezos y expresiones emocionales que se comunican en voz baja. Llegan los familiares, amigos, compañeros de escuela o de trabajo a dar el último adiós y rezar por su eterno descanso. El cadáver es ubicado entre cuatro cirios, uno en cada esquina.	El velorio, de ser íntimo y familiar, se convierte en un hecho social. Según la importancia comunitaria del difunto será la asistencia de dolientes. Incluso algunos ni siquiera tuvieron una relación emocional con el fallecido, pero su presencia es bienvenida para rendir tributo a la sociedad. Se suelen rezar rosarios. El cadáver es colocado entre cuatro lámparas eléctricas que simulan cirios.
La madrugada. La soledad del muerto.	En la noche, ante el cansancio, la familia se va turnando para no “dejar solo al difunto” hasta la siguiente mañana. Algunos asistentes llegan a la embriaguez. Otros no dejan de rezar rosarios durante toda la velada. Llega a suceder que en los velorios se cuenten “chistes”.	A los presentes se les ofrece café o té y galletas, e incluso un espacio para el descanso informal. Suele suceder que en la madrugada queden unos cuantos familiares en presencia del difunto, mientras que los otros han ido a prepararse para el funeral y el sepelio.
Funeral: ceremonia que se lleva a cabo para despedir a un cadáver. Exequias: actos litúrgicos dan un sentido de continuidad a la vida y fomentan la pertenencia al pueblo de Dios. A su vez, facilitan la elaboración del duelo. Exequias, honras fúnebres, pompas fúnebres.	La familia realiza el funeral en el domicilio, en un espacio apropiado, que puede ser una habitación grande, un patio con un techo provisional o cualquier otro de la casa del difunto. Los asistentes llevan flores, veladoras, velas y algunos, coronas de flores con listones distintivos, en alusión a quien las haya enviado. Pueden hacerse misas de “cuerpo presente” antes de salir rumbo al cementerio. Rara vez se hacen “guardias” ante el cadáver por parte de los niños y adultos masculinos. Los ataúdes son de madera, forrados con telas grises. Suele quemarse incienso o copal en incensarios con carbón al rojo vivo.	Existe un espacio rentado para la ceremonia. Se pronuncian discursos para elogiar las características del difunto. Hay maestros de ceremonias que dirigen la etiqueta propia del funeral e incluso se ubica el espacio de acuerdo con la importancia social de los presentes. Se envían flores y coronas de flores con listones distintivos en alusión a quien las mandó. Por lo general se hacen misas de “cuerpo presente”. Se realizan “guardias” ante el cadáver para mostrar la importancia social del difunto, por lo general por parte de los hombres. Los ataúdes son de maderas finas, metal y de diversos colores.
Pésame.	Se intercambian frases en voz baja, la mayoría de las veces inaudibles para los familiares del difunto, obviamente en alusión a la relación que cada asistente tenía con el fallecido.	
Cortejo fúnebre.	En las comunidades, el cortejo parte a pie. Familiares y amigos llevan a cuestras el ataúd hasta el camposanto. En algunos lugares se le lleva en carroza fúnebre y los familiares caminan detrás o van en otros vehículos, ya sean propios o proporcionados por la funeraria. Algunos visten de negro y otros de forma casual.	El cortejo sale con la carroza que lleva el ataúd, seguida por una comitiva de autos. De la importancia del difunto depende el número y modelo de los vehículos y de los asistentes. Se llegan a observar modelos recientes y costosos. La gente viste de negro riguroso –el color propio del luto–, algunos con lentes oscuros.

Cuadro 4 Muerte en el domicilio y muerte en el hospital (*continúa*)

VARIABLE	MUERTE EN EL DOMICILIO	MUERTE EN EL HOSPITAL
Sepelio.	La llegada al camposanto se hace caminando, algunos en vehículos, hasta el lugar donde los familiares y amigos han abierto una fosa para depositar el ataúd con el cadáver. Se coloca el ataúd en posición para ingresar a la fosa y se sostiene con lazos o cuerdas que servirán para que hacerlo descender manualmente hasta el fondo. Ya colocado en la fosa, un albañil coloca unas losas para cubrir el ataúd y se sellan con cemento las piedras para comenzar a echar paladas de tierra hasta cubrirla. Se hace un montículo donde se colocan las flores –ofrendas–. En ocasiones asiste un sacerdote para bendecir la fosa. En todo este tiempo se dan las más diversas manifestaciones de dolor por parte de los asistentes.	La llegada al camposanto es en autos. La carroza fúnebre se ubica en la entrada del cementerio. Se saca el ataúd y se coloca sobre un vehículo manual dispuesto para eso. Algunos familiares cargan el ataúd hasta la fosa. Por lo general existe una capilla familiar o una cripta preparada expresamente. En ambos casos el ataúd es depositado en ese espacio y se cubre con tabiques y cemento el hueco correspondiente. Algunas personas prefieren la incineración del cadáver. En ocasiones asiste un sacerdote para bendecir el espacio destinado al cadáver. Terminado el sepelio o la cremación, la familia recibe el pésame de los asistentes.
Posterior al sepelio.	En los pueblos, los dolientes acompañan a la familia a su domicilio y éstos, en correspondencia, ofrecen mole y pulque.	La familia se retira a su domicilio y muy pocos amigos los acompañan.
Duelo: estado emocional que el doliente presenta ante la pérdida.	Afrontar la realidad de la muerte sin negarla u ocultarla. Exteriorizar la pena liberando las emociones. Reavivar la fe y la esperanza en el presente –aquí y ahora–. La comunidad despidió a uno de sus integrantes. Extender a la comunidad la ayuda de los deudos. Reflexionar sobre la muerte evangelizando la vida.	
Ritos.	Los rosarios y las misas son habituales en nuestro medio. Algunas sectas o religiones realizan cantos específicos de acuerdo con su ideología. En las zonas rurales, a los ocho o nueve días de rosarios o misas se hace el “levantamiento de la sombra” o “de la cruz”, haciendo un bulto – <i>taltimiyolli</i> – que luego se entierra.	Los rosarios y las misas son habituales en nuestro medio. Algunas sectas o religiones realizan cantos específicos de acuerdo con su ideología.
Diferencias.	Determinadas por la importancia social, la economía y la familia del difunto.	
Otras costumbres para el anuncio de la muerte.	Esquelas en el periódico y esquelas personales con motivo de los aniversarios.	
Sinónimos de la muerte: lo mismo se refieren a la muerte y a morir.	Difunto, se defundió, sale con los tenis pa’ delante, ya caminó, se lo cargó cacles, marchó, se fue, ya no está, murió, falleció, sueño eterno, sueño de los justos, dormido para siempre, se lo cargó el payaso, está calacas, se fue a calacas, se fue al infierno o al averno, está con Dios, se fue al cielo, se convirtió en angelito, ya peló gallo, se fue de minero, está tres metros bajo tierra, falleció, chupó faros, la liberadora, entregó el equipo. Además, “la Siquirisiaca, la canaca, la flaca, la hora suprema, la chingada, la democrática, patas de catre, la hora de la hora, doña Huesos, la mera hora” (Luna, 2010).	

Diálogos con Francisco Plata

A continuación se presentan tres apartados relacionados con la ideología chamanística de Francisco Plata Silva, en los que se comentan:

- Una entrevista con un chamán y sus ideas sobre la muerte.
- Una velación con motivo de la conmemoración del Día de Muertos.
- Un ceremonial para ofrendar a los espíritus de la naturaleza.

Entrevista con Francisco Plata Silva en relación con su experiencia de muerte-resurrección. Antropología de la muerte: la visión de un neochamán

Fecha: marzo de 2010.

Localización: el domicilio de Francisco Plata Silva, cuyo seudónimo es *Eleuterio Gutierrez*, se ubica en la calle de Ahuehuetes, San Bartolo Atepehuacan, delegación Gustavo A. Madero, Distrito Federal.

Francisco Plata Silva es un “neochamán” que ha desarrollado su actividad en el Distrito Federal y en diferentes espacios del territorio nacional, haciendo extensivo su conocimiento por medio de cursos, conferencias y talleres. A continuación se presentan sus ideas en torno a una “iniciación chamánica”, cómo es “vivir la muerte” y, después de un tiempo determinado, recuperar el cuerpo en perfectas condiciones. Durante tal iniciación el inframundo es mostrado por entidades anímicas –espíritus de la naturaleza–, que otorgan ciertos dones para el ejercicio de la actividad chamánica.

A las preguntas expresas, Francisco comenta lo siguiente:

Mi visión de la muerte es muy pragmática. Los investigadores, los religiosos y los filósofos tienen ideas muy elaboradas; generalmente investigan, hacen recopilaciones de lo que les ha sucedido a otros y de ahí infieren sus conceptos. Hacen juicios sin experiencias. Los chamanes no: tenemos una visión pragmática de la vida y la muerte. No hacemos deducciones; no hacemos inferencias ni preguntas. Tomamos las cosas como se viven. Tenemos las experiencias de nuestras propias visiones. [Los chamanes] lo toman como lo vieron.

Por ejemplo, yo tengo ciertos conceptos que pueden parecer encontrados, que no son congruentes uno con el otro. Lo tomas como lo vives. Es a través de visiones, de vivencias directas.

Conceptos encontrados; por ejemplo, la reencarnación. Los chamanes a la antigua –como lo soy yo–, como lo aprendí, no tienen idea de la reencarnación. Porque hay una experiencia: cuando experimentas la muerte, ves al Creador, y cuando mueres las conciencias son absorbidas por el Creador.

Tú sabes que es la muerte y que no hay salvación. No hay de otra. Es lo que te toca. Ante la muerte, el chamán mira al Creador, al origen del universo, el “devorador de las conciencias”. Las conciencias son absorbidas por Él. Cuando ves eso, sabes que es la muerte. No hay de otra: es como a ti te toca.

Por otro lado aparecen cosas que pueden sonar incongruentes, y es la aparición de los muertos: *tú ves a los muertos*. Claro tengo la idea, los muertos que “vemos” son la “cáscara” del difunto. No es la persona. Ésa ya no existe. Cuando nosotros morimos, nos disgregamos en tres partes fundamentales:

Fundamental o esencial: es la que regresa con el Creador, es eterna y es el espíritu. Va al cielo para ser “devorado”.

La otra es la del “soma”, el cuerpo, y corresponde al cadáver que se forma. *Carodata vermibus*: carne dada a los gusanos. Es lo que se lleva la tierra. Entonces tenemos el cielo y la Tierra. Pero hay una cosa intermedia que nos hace humanos.

La “forma humana” –así la llamaba don Juan Matus– es todo aquello que nos hace humanos: educación, emociones, pasiones, apegos, creencias. Y cuando la persona está muy llena de eso y muere, puede quedarse aquí. Según el trato de los deudos, si tú tienes el “altarcito” dedicado al muerto y guardas su recuerdo y le haces su ceremonia, pues claro que se va a quedar, porque lo estás nutriendo.

Esto es lo que te hace humano. Es lo que te enseñaron a creer. Es tu creencia, tu dogma. Es el afecto a los objetos, los afectos hacia las personas o los objetos. Es la “sombra”. Esta sombra, entre más apegos tuvo en vida la persona, tendrá un destino más complicado. En cambio, para aquellos que se deshicieron de los apegos y eran libres al morir, el drama de su sombra es mínimo. Incluso, al morir, puede convertirse en luz, en energía que se funde con el infinito.

Nuestros ancestros hacían ceremonias para la sombra, para deshacerla, porque ésta puede convertirse en una situación no benéfica para los vivos y originar un fantasma. Cuando se une una sombra con un espíritu de la naturaleza –Ching-Ling– se convierte en un demonio, y entonces sí tenemos un verdadero problema.

Por eso los antiguos tenían que deshacerse de la sombra. Por eso se hace la “ceremonia del levantamiento de sombra”. Cuando se “levanta la cruz”, a los ocho o nueve días del fallecimiento, se recoge la sombra. Se hace un bulto mortuorio, un *tlalquimiyo-lli*, y se entierra.

Mi informante continúa:

Sin embargo, hay fenómenos que no pueden explicarse del todo. Por ejemplo, en mi familia había la historia de que, cuando se aparecía el que había muerto antes en la línea, pues era seguro que esa persona a la que se le apareció muriera. Esto me sucedió a mí. Mi papá se me apareció. Lo vi y sabía que ya me tocaba. Me encontraba leyendo en mi cama y de reojo vi una sombra que cruzó. No fue alucine. No fue sueño: *fue en vivo y a todo color*. Estaba recostado en mi cama, leyendo. Sabía que no había nadie en la casa. Serían como las tres de la tarde y veo que pasa mi papá, se regresa y me ve. Trae un costal colgando en el hombro y me dice: “Ándale, ya vámonos”. Ése es el aviso tradicional de que ya te toca –entonces ya pintaste tu raya–. Éste es un fenómeno que no me puedo explicar. Ésta es la tradición en mi familia. Así funciona y así pasa. El chamán lo toma como viene; o sea, te dan el aviso y ya sabes que puedes prepararte o no prepararte, según como vas a encarar a la muerte.

Entonces el asunto fue que a los pocos días, una o dos semanas después, fue cuando morí. En el momento de morir para mí era un evento de lo más interesante ¿Qué posibilidades tenemos de experimentar eso? Una vez en la muerte, es el evento más trascendental en la vida de un ser humano. Todos podemos ser diferentes, todos podemos ser de una manera u otra, pero hay una sola cosa que nos hace iguales, que nos allana: todos vamos a morir. Y no hay manera de evadirlo. Tarde o temprano vamos a morir.

Yo estaba muy emocionado. Voy a saber que significa, voy a saber el misterio. Yo estaba tomando una siesta, en un sillón, y debieron de haber sido como las tres o cuatro de la tarde –ya había comido y me recosté en el sillón–. Entonces entré en esa fase que no es sueño profundo. Esa fase entre la vigilia y el sueño. Esa fase que algunos llaman hipnógena. Estás alerta de lo que sucede a tu alrededor. Inclusive tienes visiones, aunque tengas los ojos cerrados. Y en ese momento vi frente a mí a la muerte. Yo había visto la muerte varias veces antes, sobre todo en cuestiones de sumo peligro. Cuando he tenido riesgos de salud, cuando he estado muy enfermo, había percibido la muerte, y entonces para mí la muerte era como un rectángulo enorme, gigante y negro frente a mí –tal vez influencia de *2001: odisea del espacio*, ve tú a saber, que vi cuando era chamaco.

Entonces vi ese rectángulo negro que se venía sobre mí, y como yo había tenido el aviso de ver a mi papá, pues entonces pensé: “Aquí pinté mi raya”. Pero era esa emoción de ver ese misterio –“qué buena onda: voy a conocer el misterio”.

Yo había tenido investigación bibliográfica sobre qué es el infierno. Pues entonces pensé: “Ya vas a saber qué es eso”. Pero no, no fue por ahí. En el momento que sentí la muerte, mi ser comenzaba a disgregarse, me separaba en miles de “yos”, y al mismo tiempo brincaron los cuasirecuerdos –son las visiones que tuve de niño–, recuerdos de aparentes

vidas anteriores. Eran cientos, miles. Tenía recuerdos de lo que yo consideraba vidas anteriores. Hasta ahí creía en la reencarnación. Y de pronto, al sentir la muerte, siento que me disgrego, que me separo; veo la muerte de todos esos personajes. Mi muerte, su muerte y la muerte eran una sola cosa. Esos “yos” se separan y ves la muerte de todos los que están muriendo en ese momento. Es lo que decía don Juan que es la “alineación”: tú te alineas con alguien y sientes como la otra persona. ¿Entonces cómo diablos no se va a creer en la reencarnación?

Por eso se cree en la reencarnación, porque ves la muerte de miles de personas al mismo tiempo. La muerte multiplicada. Era muy interesante el efecto, y después eso cambia y aparece el famoso túnel, viajas rapidísimo a través del túnel y la luz blanca al final. Mucha gente dice que ve a sus familiares; ve a Jesús, a Buda, de acuerdo con su formación. Yo sólo vi esa luz blanca. Esto yo ya lo había visto en “estados alterados de conciencia”.

Pasas a través de la luz y de pronto estás flotando en el universo, en lo que decía don Juan Matus: en las “emanaciones del águila”. Ves al Creador y la creación: todo el universo. Es un conjunto de luces en movimiento. Uno es una “motita” de color en el universo, infinitamente pequeña, despreciable, sin influencia alguna, como un granito de polvo flotando en la inmensidad. Es inmensidad, es armonía, es luz, es fantástica, es maravillosa, una luz bellísima. ves una de las caras del Creador.

Francisco comenta que la percepción de esa luz blanca es un destello de la energía de la Madre Tierra. Al estar muriendo el ser humano, el cascarón del huevo luminoso presenta una fractura por la que se cuela esa energía, que es de un blanco bellísimo y siempre se siente en la parte alta del cuerpo y baña con un halo de santidad al moribundo... y uno al morir se deja ir en esa luz:

Los chamanes tienen cuatro vislumbres del Creador, y en el momento de la muerte percibes una de sus caras: es una especie de arco gigantesco que cubre, abarca todo el universo, absorbe todas las conciencias y es curvado. Por eso los antiguos decían que es el “pico del cuervo o del águila”. Es el “pico curvado del cielo” y eres atraído como motita y sabes que ya se acabó tú tiempo, y todo es tan real, pero nada se compara con ello. Es padrísimo. Una felicidad eterna, y vas atraído hacia allá. Sabes que ya pintaste tu raya y lo aceptas, no hay problema. *Tan tan*. Haces un bello mutis.

Pero de pronto hay una conmoción y de pronto estoy entrando, regresando al cuerpo. Yo ya había muerto; ya había pasado. Además, el retorno es doloroso; no en un sentido físico, sino en un sentido eterno. Otra vez estás aquí. No tienes duda sobre lo sucedido, porque lo estás experimentando.

En esos momentos llega mi ex y me dice: “¿Qué te pasó? Vi que te estabas muriendo”. Ella es vidente y vio lo que me estaba sucediendo. Pero yo a duras penas pude decirle: “Sí, me estaba muriendo”. Y me doy cuenta de que tengo una “segunda oportunidad”, y fue mi boleto a la “impecabilidad”. De ahí en adelante todo lo que hagas bueno o malo será aplanado con la muerte.

Hasta aquí los conceptos relacionados con la muerte del humano explicadas desde la cosmovisión de Francisco. Él continuó intercambiando ideas y se enfocó en comentar algunos conceptos necesarios para entender la muerte desde la visión del chamán:

El chamán no tiene fe. Simplemente vive el momento como un guerrero, como si fuera el último momento. Esto es el ser impecable. El chamán sólo se tiene a sí mismo. Ha trascendido el bien y el mal a través de la iniciación de la muerte

El “efecto de Santa Claus” se refiere a que el humano debe tener fe en lo que le enseña el adulto para construir el mundo, como una fantasía, hasta que crece y se da cuenta cómo es la realidad. Pero en ese momento debe enseñar a otros niños cómo es la realidad y continúa con la fantasía, convirtiéndose ahora en Santa Claus. Es un concepto aplicable a las creencias. El chamán ha roto con este esquema. Ya no le es necesario.

En el “efecto a sabor a pollo” los humanos nos pasamos discutiendo sobre diversos temas, en lugar de actuar; hablamos como expertos sobre tal o cual cosa sin haberla probado ni experimentado. Investigadores, filósofos, antropólogos y otros estudiosos hablan acerca de la muerte, del chamán o del chamanismo sin haber vivido una experiencia de esa magnitud. Les han platicado y hacen coincidir versiones de quienes sí las han vivido y a eso le llaman investigación. No: deben de vivir la experiencia.

La “apertura” es otro concepto que se expresa de esta manera: “Ruptura de la continuidad del mundo, se rompe la continuidad del *tonal* y eso se logra por el deseo del chamán. Experiencias traumáticas. Efecto de plantas psicotrópicas”.

“Cielo” e “inframundo” son dos ideas en las que los religiosos se han “hecho bolas”: igual hablan de lo que no han experimentado. Al cielo subes porque ésa es la sensación que tienes cuando “viajas a esa realidad no ordinaria”, y vas a encontrar ángeles, serafines, arcángeles. En fin, seres que te ayudan y enseñan, sin que tenga que ver con lo bueno. Igual, cuando viajas al inframundo lo haces mientras estás vivo. Porque muerto, ¿ya para qué? Estando vivo descienes y te encuentras diablos, alebrijes, demonios que igual te ayudan y te enseñan, sin que tenga que ver con la maldad.

Las festividades del Día de Muertos nosotros las realizamos en noviembre porque, con la invasión española, los religiosos trajeron las ideas propias de los europeos: Walpurgis y

aquejarres, Todos Santos y Día de Muertos. Las celebraciones que se hacían en el México prehispánico eran aproximadamente en el mes de agosto y su objetivo no era celebrar a los muertos, sino cómo las “sombras” de los muertos vagan entre nosotros. El ritual sirve para tranquilizarlas, para tenerlos quietos y que no nos molesten.

Respecto a lo “bueno” y “malo”, el chamán ha trascendido estos conceptos, que son relativos a la cultura. No hay acciones buenas ni malas con ir al cielo o al inframundo. A estas realidades no ordinarias vas mientras estás vivo, porque muerto, ¿ya para qué?

A manera de análisis, debe comentarse que las iniciaciones chamanísticas tienen ese contexto de muerte-renacer. El aprendiz será iniciado bajo el efecto del tambor, las sonajas, el dolor, el sueño, las plantas psicotrópicas, la oscuridad, el silencio: éstas y otras son diversas formas de privación sensorial que invariablemente conducen a la fractura de la realidad cotidiana y llevan al discípulo a vivir “realidades alternas” a través de los llamados “estados alternativos de conciencia”. Suelen presentar un estado semejante a la muerte, y su mente-alma-*tonalli*-sombra desciende al inframundo, donde la cogen los demonios, la descuartizan y la cuecen en un perol, para que después la saquen y lo vuelvan a armar, con lo que le otorgan algún “don” que le dará poder en el seno de la comunidad. Francisco comenta que esta última es la mejor y más poderosa de las iniciaciones. Agrega que, durante los sueños, el *tonalli* –el alma– viaja por el inframundo, de modo que cada noche vivimos una experiencia que no sabemos valorar y que en el esquema cotidiano solemos identificar como pesadillas o malos sueños.

Ceremonia de velación con motivo del Día de Muertos

Festividad: Día de Muertos.

Fecha: 30 de octubre de 1993.

Localización: ¡Bienvenidos al Mictlán!, hogar de Francisco Plata, en la colonia Alianza Popular de la delegación Coyoacán, Distrito Federal.

Objetivos. Dar de comer a los ancestros muertos para calmarlos y que no nos molesten.

Justificación. De acuerdo con la cosmovisión de *Eleuterio Gutenmar*, el mundo de los muertos es paralelo a esta realidad. La comunicación y se “abre” desde el 28 de octubre de cada año y se cierra el 2 de noviembre. Los espíritus de los ancestros fallecidos acuden a esta realidad para recibir el afecto a través de los aromas propios de los alimen-

tos, flores, incienso, copal y cánticos ofrecidos con la intención de que no molesten a los vivos el resto del año.

Descripción del espacio. En la puerta de la casa del chamán se encontraba un letrero que decía: BIENVENIDOS AL MICTLÁN. Se trataba de un espacio vacío con sillas cerca de la pared. En un rincón de la sala había una mesa-altar con cráneos y figuras de piedras. Tenía dos escalones, con una superficie de aproximadamente 70 cm cada uno y con espacios a ambos lados. En el escalón superior se habían colocado, de izquierda a derecha y en dos filas, los siguientes elementos (figura 1):

- Fila posterior: cráneo de venado y cráneo humano con adornos negros, verdes y blancos; una réplica de la Piedra del Sol, como de 50 cm de diámetro; una piedra verde y otra negra.
- Fila anterior: bracerito, campana de bronce, paliacate rojo y negro envolviendo un puñal de obsidiana, copa de vidrio, espejo con marco de madera, representación del Sol y vela roja.
- Abajo, a la derecha: sahumador.
- Escalón inferior: se dispuso de un espacio para las velas, veladoras y ofrendas llevadas por los asistentes.

La ceremonia se inició en punto de la medianoche, con una asistencia de 28 personas, entre hombres y mujeres, todos vestidos en colores oscuros, la mayoría de negro. En la cabeza usaban un *tecpiloli* –cinta alrededor de la cabeza–. Previo a la ceremonia de velación, desde las 22:00 horas se sahumaron los objetos aportados por los asistentes: velas, veladoras, maracas, fruta y alimentos, entre otros.

Elementos. Mesa donde se ubican los elementos sagrados y la ofrenda, sahumero, carbón y copal, incienso, velas de cebo, veladoras, flores de cempasúchil, “Santa Forma”, “Santo Xúchitl”, bastón de mando –dos–, instrumentos musicales: huéhuetl, mandolina, sonajas, caracol y huesos de fraile

Organización. El “llamamiento de las ánimas” se realiza antes de “dar la palabra” y consiste en sonar el caracol y las maracas, girando hacia los cuatro puntos cardinales mientras se repite: “¡Él es dios!”.

La ceremonia y sus rituales son responsabilidad del chamán. Él decide el papel de cada quien y cada cual durante la velación

Durante el ceremonial, corre a cargo del “sargento de palabra” decidir la participación de los asistentes en las oraciones y cánticos

Los “compadritos y comadritas” se encargan de cubrir la Santa Forma y el Santo Xúchitl (figuras 2 y 3) con flores de cempasúchil.

Hay un encargado de vigilar que las velas y veladoras del altar estén prendidas constantemente.

El resto de los asistentes conforman al “pueblo”, cuya función es entonar las alabanzas durante el tiempo que dure la ceremonia.

Algunas personas tocan algunos instrumentos. En este caso, la mandolina queda en manos de Francisco Plata, así como dos huéhuetl. Además, cada uno de los asistentes lleva su propia maraca, confeccionada por ellos mismos. Otros hacen sonar “huesos de fraile”.

La Santa Forma es un “mantel” de piel de ternero con figuras dibujadas que corresponden al *Códice Fejérváry-Mayer*. Sobre ésta se colocan flores de cempasúchil amarillas. En el centro tiene una veladora y en la parte inferior, otra veladora, en torno de la cual se colocan flores de cempasúchil moradas.

Estructura de la ceremonia. El chamán es el responsable de los sucesos, pues elige el día y la hora para la celebración, así como la presencia de algunas personas, de acuerdo a los “augurios” —señales que sólo interpreta Francisco sustentado en su cosmogonía:

- Saludo —armonización.
- Velación.
- Construcción de la Santa Forma.
- Construcción del Santo Xúchitl.
- Vestimenta del bastón de mando.
- Limpia a cada uno de los asistentes.

Desarrollo. El chamán comienza a armonizar al grupo, prendiendo una vela roja y haciendo una reverencia hacia cada punto cardinal. Comienza con el Oriente, girando siempre hacia la izquierda hasta finalizar con el sur. En cada estación traza una cruz en el aire y hace giros con la mano que sostiene la vela, a la derecha y la izquierda.

La ceremonia se desarrolla frente a una mesa que simboliza al universo, en la que se encuentran los siguientes elementos: cráneo de venado, cráneo humano adornado, un disco de obsidiana, una piedra verde, una piedra negra, braceros, una campana, un paliacate rojo y negro doblado cuidadosamente y que contiene un puñal de

obsidiana, una copa de vidrio, un espejo con marco de madera y ocho puntas, velas y dos maderos de unos 80 cm de longitud y tres de diámetro, uno de cuyos extremos está rematado por la cabeza de un reptil –bastones de mando.

Las velas deben permanecer encendidas durante toda la ceremonia de velación y se designa a una mujer para que esté pendiente de que en ningún momento se apague una vela –si alguna se consume, con la misma luz enciende otra y así sucesivamente, hasta concluir.

Constantemente se usa un incensario, en cuyo extremo tiene una cara de coyote con el hocico abierto: es el sitio por donde se sopla para que se mantenga encendido el copal, que se quema toda la noche.

Inicio. “Dar la palabra” es el elemento central de la ceremonia de velación, pues prácticamente es lo que se hace durante el tiempo que dura el ritual. Francisco Plata designa a las personas que ocuparán los cargos, así como sus quehaceres en el ceremonial. Así, el “sargento de palabra” decide quienes son las personas que, por parejas, entonarán una alabanza, mientras el pueblo corea una parte a manera de estribillo. Cada canto dura entre 10 y 15 minutos. Mientras se canta –al ritmo de la mandolina, de las maracas, de los huesos de fraile y de los *teponaxtli*– la pareja designada como “compadritos y comadritas” tenderán la Santa Forma.

A la medianoche el compadrito y la comadrita inician el ritual de “tender la forma”, para lo cual colocan en el piso un mantel de piel –con el *Códice Fejérváry-Mayer*, que tiene dibujada una serie de formas prehispánicas, bastones, figuras de la muerte y magueyes– orientado desde la periferia hacia el centro. Se comienza a tender la forma con flores de cempasúchil, a las que las mujeres previamente cortaron los tallos, dejándoles una “patita” como de tres centímetros de largo. Sobre la “forma” se coloca una vela de cebo de color rojo, mientras que en el centro y en la periferia –por fuera– se colocan otras cuatro velas de cebo rojo, una en cada lado.

Las flores amarillas de cempasúchil se comienzan a colocar desde el centro, en torno a la vela de cebo rojo, haciendo círculos, y luego se van disponiendo en ocho direcciones para hacer un “moño”, donde cada dirección representa un rayo solar.

La representación del rayo solar, orientado al sur –abajo–, en torno a la vela de cebo rojo, queda rodeada con flores moradas de cempasúchil.

Cuando el compadrito y la comadrita terminan de tender la forma, es decir, la parte que corresponde a los ocho rayos señalados y a los dos bastones de mando, estos últimos quedan conformados a partir de los dos rayos horizontales y cubiertos de arriba abajo. Durante todo este tiempo no dejan de entonarse alabanzas. Al finali-

zar el tendido del Santo Xúchitl, se sahúma con copal. Todo el ritual es una actividad que dura alrededor de tres horas.

Cabe destacar que cada vez que se van a colocar flores en el tendido de la forma, las flores de cempasúchil se sahúman y se van colocando para construirla.

En esta parte de la ceremonia, al terminar de tender la forma, se hace un silencio para que cada uno de los asistentes realice una oración por sus muertos. Después se hace un receso de 10 minutos, durante los cuales las mujeres arrancan los pétalos de las flores.

Los bastones de mando (figuras 4 y 5) representados en los brazos de la forma corresponden al poder del tlatoani y Quetzalcóatl.

La frase que predomina a lo largo la ceremonia y ante cualquier acción realizada es: “¡Él es dios!”.

A las tres de la madrugada se reinicia la ceremonia de velación: se “levanta la forma”, para lo cual se sahúma el “tendido de la forma”. De la mesa se toma el símbolo que representa al Sol –el espejo colocado en un marco circular de madera, del que se desprenden ocho maderos cilíndricos, de 1.5 cm de diámetro por entre 60 y 80 de longitud.

Para levantar la forma, en el símbolo del sol se colocan las flores, que se van sujetando con hilo hasta cubrirlo completamente. Mientras tanto se cantan alabanzas por parejas. Al concluir de forrar los rayos del sol con las flores de cempasúchil, se comienzan a cubrir los bastones de mando. Previamente todo se sahúma.

El “sol amarillo” se coloca en el altar y con los bastones de mando se procede a realizar una “limpia” a los asistentes, moviendo los bastones en la forma ritual acostumbrada.

Los bastones de mando, que son de madera, tienen tallada al final una cabeza de serpiente. En las figuras 4 y 5 se muestra cómo son antes y después de quedar cubiertos de flores.

Desenlace. A las 5:15 horas se termina de cubrir de flores el símbolo del sol y los bastones de mando.

El sol amarillo se coloca en el oratorio y con los bastones de mando se realiza una “limpia” a cada asistente. Esta labor la realiza Francisco, mientras se cantan alabanzas y se arrojan pétalos de cempasúchil a la persona que se está limpiando. El último en recibir la “limpia” es el propio Francisco.

La alabanza que se entona dice así: “¡Recibe estas flores con gusto y anhelo, que son escalones que suben al cielo!”.

Al concluir de “limpiar” a los presentes, Francisco se hinca con una rodilla en tierra y entona una alabanza de agradecimiento. Luego todos se arrodillan orientados hacia el Oriente. Para terminar la ceremonia de velación, las personas que ocuparon algún cargo “devuelven la palabra”, agradeciendo a las ánimas y a los cuatro vientos por permitirles realizar su labor. La ceremonia concluyó a las seis de la mañana: “¡Él es dios!”.

Como comentario adicional, se pueden destacar los siguientes elementos esenciales en el ritual de conmemoración del Día de Muertos:

El objetivo es dar de comer a los muertos.

Los participantes son personas de lo cotidiano que asumen papeles como “sargento de palabra”, “compadritos y comadritas” y el “pueblo”. Obviamente, quien orquesta el contexto del ritual es un chamán.

En la mesa, sobre un mantel que representa el *Códice Fejérváry-Mayer*, se disponen los siguientes objetos que significan la muerte: símbolo solar, bastones de mando, flores de cempasúchil, instrumentos musicales –huéhuetl, mandolina, sonajas y huesos de fraile–, velas de color blanco y rojo, así como una ofrenda de frutas y comida de la llamada prehispánica –chapulines y acociles, entre otros.

El contexto es de rezos, oraciones, cantos, limpiezas e invocaciones a las entidades anímicas. Todo esto se combina en un tiempo y espacio precisos para dar pauta al desarrollo de la ceremonia de velación.

Ritual con motivo del Día de Muertos, para otorgar una ofrenda a los espíritus de la naturaleza

Fecha: 1 de noviembre de 2014.

Lugar: bosque del pueblo de Canalejas, Jilotepec, Estado de México.

Objetivo. Ofrendar a los espíritus de la naturaleza.

Participantes. El chamán Francisco Plata Silva y un grupo de sus discípulos provenientes de diversas partes del país –Distrito Federal, Toluca y Querétaro.

Motivo. conmemoración del Día de Muertos.

Desarrollo de la ceremonia. Es posible dividir el ceremonial en tres partes:

1. Construcción de un laberinto con piedras y troncos en un espacio del bosque, con dimensiones aproximadas de 20 metros de diámetro y un esquema en el que se

plantea un círculo en el centro, a partir del cual se construye una cruz, a partir de cuyo segmento horizontal se van construyendo los círculos concéntricos hasta concluirlo con seis vueltas y el centro. En este espacio se colocan cuatro piedras de superficie plana y orientadas hacia el noreste. En la entrada se construye un arco con flores blancas y amarillas y se entierra una piedra de superficie plana, en la que los participantes deben hincar la rodilla para ingresar.

2. Para el diseño de la ofrenda, los participantes llevan dulces de alfeñique que se parecen calaveras, borregos, cerdos y venados, así como dulces de la temporada. Con éstos se construye un mandala —representación simbólica de un espacio sagrado— previamente dibujado sobre un cartón blanco. El centro es ocupado por un cráneo de dulce de alfeñique y se distribuye el resto de los dulces de acuerdo con su número, a modo de formar círculos concéntricos, orientando las figuras hacia los cuatro puntos cardinales.

3. La ofrenda se lleva al laberinto y los asistentes se forman, con Francisco a la cabeza, intercalados por un hombre y una mujer. Al frente de la fila, dos discípulos cargan, seguidos por el resto de los participantes. Para entrar al laberinto todos hincan la rodilla en la piedra de la entrada. El recorrido se hace varias veces y finalmente los asistentes se ubican en el círculo del centro. Francisco y Marisol se colocan cerca de las piedras para consagrar el espacio y realizan diversos movimientos con las manos para llamar a los vientos y entregar la ofrenda. Con esto, todo mundo desanda el laberinto y los que así lo deseen regresan al centro para consagrar algunos objetos o meditar.

Fin del ceremonial.

Conclusión

La antropología de la muerte se refiere al estudio del ser humano vivo y muerto. La muerte es una realidad para los seres vivos, que la ciencia médica enfoca desde el binomio cuerpo-mente, en tanto que la antropología la estudia desde el concepto holístico de cuerpo-mente-espíritu. Con esto se plantea una de las grandes controversias para el estudio de la muerte: ¿la antropología o la medicina tienen los elementos adecuados para estudiar y explicar el final de la existencia humana?

La antropología estudia la muerte incluyendo al humano en la cultura y no en la naturaleza; a partir de esto se dan hechos que posiblemente proporcionen elementos para acercarnos a saber de la muerte, un hecho que biológicamente iguala a los huma-

nos, pero que social y culturalmente los separa de otros. La historia de la humanidad ha escrito páginas maravillosas en las que se estudia a la muerte: el chamán, la cosmología, los dioses —incluyendo a los demonios—, el quehacer con el cadáver —enterrarlo, incinerarlo, congelarlo, extraer órganos para donación—, las exequias y la parafernalia correspondiente, como los ritos de paso y los duelos. No podemos dejar de lado sus representaciones plásticas, que en ciertas épocas del año son motivo de comercio...

En fin, la muerte es un negocio de los vivos.

Bibliografía

- BLASCO CRUCES, Diego, *La historia de la muerte*, Madrid, Libsa, 2010.
- CASO, Alfonso, *El pueblo del Sol*, México, FCE, 1981.
- CHÁVEZ BALDERAS, Xavier, “Funerales mexicas”, en *Artes de México*, núm. 96, 2009, pp. 24-35.
- ELIADE, Mircea, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, México, FCE, 1976.
- FERNÁNDEZ DEL RIESGO, Manuel, *Antropología de la muerte*, Madrid, Síntesis, 2007.
- GALLARDO DÍAZ, Ricardo, “Francisco Plata, ¿chamán o brujo? Estudio de caso”, tesis de maestría, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999.
- GRAULICH, M., “El sacrificio humano en Mesoamérica”, en *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 63, 1999, pp. 16-21.
- HALIFAX, Joan, *Las voces del chamán*, México, Diana, 1995.
- RICOEUR, Paul, *Vivo hasta la muerte*, Buenos Aires, FCE, 2008.
- LAGARRICA ATTÍAS, I. y J. M. SANDOVAL PALACIOS, *Ceremonias mortuorias entre los otomíes del norte del Estado de México*, México, 1977.
- LANGDON, E. Jean, “¿Mueren en realidad los chamanes? Narraciones de los siona sobre los chamanes muertos”, en *Alteridades*, núm. 12, 1996, pp. 61-75.
- LECHUGA, Ruth, “Rituales del Día de Muertos”, en *Artes de México*, núm. 62, 1996, pp. 16-25.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, “Memorial nahua de la muerte”, en *Artes de México*, núm. 96, 2009, pp. 43-51.
- Libro de Chilam Balam de Chumayel*, México, Conaculta (Cien de México), 2001.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “La muerte en el México prehispánico”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, 1999.
- _____, “El ser humano en Mesoamérica”, en *Arqueología Mexicana*, núm. 65, 2004.
- LUNA GENEL, Erik R., “Lotería de los 100 nombres que los mexicanos dan a la muerte, segunda parte”, San Juan del Río, Indautor-SEP/Museo de la Muerte, 2010.
- TUROK, Marta, “La ofrenda, un derroche creativo”, en *Artes de México*, núm. 62, 2004, pp. 48-55.
- VIESCA TREVIÑO, Carlos, *Medicina prehispánica de México*, México, Panorama, 1991.